

se explica porque de esta manera se derrocaba al odiado gobernador constitucional (que era un ciudadano intachable) y porque, siendo federal la República, el modo de separarse de ella era *ser centralista*; y como las razones en favor de la separación provenían de la incompatibilidad de los intereses económicos, resultó popular, durante cierto tiempo, el riguroso gobierno militar inaugurado por los centralistas, que duró tanto como la administración de Bustamante.

El ejército de reserva, al terminar el año de 29, se pronunció en Jalapa; se espe-



El Parián

ra que Bustamante y Santa Anna se pusieran al frente del movimiento, pero el segundo se retrajo y quedó en disponibilidad para la próxima *revolución*, que así se llamaba cada asonada militar. El plan de Jalapa mantenía la Federación, hablaba de descontento, de violaciones de la ley, de ejército desatendido, es decir, no pagado; de abusos, de necesidad de impedir la anarquía, y exigía, en *virtud del derecho de petición*, que el gobierno abandonase las facultades extraordinarias y convocase a las augustas Cámaras que deberían remediar los males de la Patria. El plan era ridículo, y, sin embargo, tal era el desprestigio social de la administración de Guerrero, que todo el mundo aplaudió. Guerrero marchó a combatir la rebelión, y se dirigió al Sur con un pequeño ejército, del que al fin se separó. En México quedó substituyendo a Guerrero el ministro Bocanegra, contra el cual se pronunció la guarnición; entraron interinamente a gobernar el Presidente de la Corte y dos consejeros, Bustamante ocupó la capital, y el ejército de reserva, hijo del trigarante, se denominó *protector de la Constitución*.

Cierto que había pretexto para un levantamiento: la autoridad de Guerrero era rigurosamente inconstitucional, mas de la misma fuente nacía la del vice-presidente Bustamante, y por eso las Cámaras, reunidas en Enero de 1830, no declararon nula la elección de Guerrero, sino a éste *moralmente inhábil* para gobernar. Era una farsa legislativa aquella; fué para el presidente depuesto el principio de una tragedia. El general Bustamante, el tremendo

oficial realista, el héroe discutible de Juchi, el iturbidista recalcitrante y, por odio a los enemigos de Iturbide, exaltado federalista luego, era un hombre aficionado a las medidas enérgicas, aun cuando fuesen sangrientas, por convicción, no errónea acaso, de que para desalentar a los explotadores de la anarquía urgían terribles escarmientos (exceptuábase a sí mismo de ese grupo, porque confundía su ambición con el interés de la Patria). Valiente, serio, reflexivo y probo, representaba una aspiración general a la estabilidad, que las clases conservadoras, que naturalmente lo apoyaron, confundían con el estancamiento.

Su ministerio, presidido por Alamán (Relaciones), y en el que figuraban el intrigante y resuelto coronel Facio (Guerra) y el sesudo Mangino (Hacienda), era de un marcado tono reactor; las clases privilegiadas, los lastimados por la expulsión de los españoles, los asustados por las tendencias del gobierno anterior, se sentían representados en él y suponían que sus corifeos procurarían centralizar y conservar, bajo la máscara transparente del federalismo, todo cuanto en el México nuevo pudiera sobrevivir del México colonial.

El año entero de 1830 se invirtió en pacificar el país; algunos Estados formaban coaliciones para defenderse del gobierno central y del ejército, que comparaba, con despecho, su miseria, por la falta casi constante de sueldos, y la bienandanza de las guardias nacionales de los Estados, puntualmente pagadas; otros, como Yucatán y Tabasco, permanecían substraídos al pacto



D. Anastasio Bustamante

federal; Texas, completamente americanizado, gravitaba cada vez más hacia su centro natural en Washington; la parte meridional de los Estados de Michoacán, en donde el gobernador se había alzado en armas, de Puebla, México (el territorio del actual Estado de Guerrero) y Oaxaca, estaban incendiados por la insurrección guerrerrista, y el ex-presidente, aunque enfermo y retirado, era el centro de este vasto movimiento. Conforme a su propósito, muy explicable desde el punto de vista de los vencedores, se adoptó un sistema de terror militar, y la represión fué en todas partes sangrienta: casi todos los corifeos de la resistencia armada fueron ejecutados; la imprenta calló (dos periódicos políticos se publicaban solamente en México), algunos diputados fueron rabiosamente perseguidos, y todo aquel sistema duro y brutal, y no nos atreveríamos a añadir *innecesario*, porque la guerra civil debía terminar a todo trance, pero frecuentemente injusto y ciego, acabó con un gran crimen, la ejecución del general Guerrero, *padre de la patria* y hombre de intachables sentimientos, representante genuino del patriotismo rural, candoroso, ardiente y probo, y jamás



sanguinario bajo sus auspicios. Lo que indignó la conciencia del país fué la inicua perfidia con que Guerrero fué capturado en Acapulco, por un abominable italiano, y el olvido estu-  
pendo en que los jueces militares pusieron los méritos del infortunado caudillo, de quien los partidos quisieron hacer un político cuando no era más que un gran mexicano.

La República, henchida de fermentos de revuelta, se sometió y quedó pacificada de hecho. Esta circunstancia había levantado algo el crédito nacional; aun no se perdía en el extranjero la convicción de que México poseía maravillosas riquezas, que la inseguridad, hija de las discordias civiles, impedía explotar; las empresas mineras, que habían sido en parte abandonadas, cobraron nuevo aliento, y el capital inglés que las alimentaba comenzó de nuevo á moverse en dirección á la República; el comercio exterior creció á compás del tráfico interior y las rentas subieron; el gobierno, que había encontrado al erario en plena bancarrota, y que con el sistema de los préstamos parciales (agio) apenas vivía angustiosamente de un día para otro, aumentando sin cesar la deuda interior, al grado de que el producto neto de las rentas, que no pasaba de trescientos mil pesos mensuales, apenas podía pagar las listas civil y militar del Distrito federal, el gobierno pudo respirar, pudo comenzar un trabajo rudimentario de emancipación respecto de los agiotistas y volver á pagar los intereses de la deuda exterior.

En plena conformidad con las ideas que profesó toda su vida, Alamán hizo decretar medidas que prohibían la colonización de americanos en las fronteras septentrionales (acto imprudentísimo de hostilidad que nuestros vecinos no perdonaron), y organizó una protección profundamente artificial á la industria vernácula, no nacida aún. Se estableció un banco, que debía vivir con parte del producto de los derechos protectores que pagaba la importación y que debía proporcionar maquinaria y dinero á los futuros fabricantes. Las teorías de Alamán eran rutinarias y rancias, sus procedimientos eran prácticos y eficaces; cierto que no es posible negar que *el libre cambio* es, como toda libertad, un ideal, el fin de una evolución, y cierto también que una nación amurallada con tarifas no puede ser sino una rémora á la solidaridad humana, pero jamás un político marchará de uno á otro extremo sino lentamente y por grados. Lo que es inadmisibile es que, por medios arancelarios, se creen industrias que no tengan en la comarca protegida su *materia prima*: querer hacer de la República mexicana un país manufacturero, sin vías de comunicación, sin combustible y sin fierro, sin población consumidora, era inútil; vegetó y nada más la industria nacional; sólo cuando el estado económico comenzó su transformación orgánica, el problema del trabajo nacional pudo plantearse sobre bases definitivas.

La existencia de depósitos en numerario, en las aduanas del Golfo, y el afán de los especuladores de obtener á bajo precio permisos de importación, que la administración de Bustamante había ido acercando á la par, determinó un pronunciamiento exclusivamente militar en Veracruz, bajo los auspicios de Santa Anna, que tenía más una presidencia del general Mier y Terán (hombre de dotes superiores, que acababa de obtener el voto de las legislaturas y que poco después se suicidó en Padilla), ó del general Bravo, que debía reemplazarlo, que la de Bustamante mismo.

La revolución veracruzana recibió un tremendo descalabro, infligido por las fuerzas del gobierno; pero el partido federalista avanzado, que tenía su ciudadela en Zacatecas, en donde el gobernador García había allegado cuantiosos recursos militares, determinó una conflagra-

ción en el interior. Bustamante salió á contener el avance de las milicias federalistas y las destruyó; mas todo se había complicado, la rebelión cundía y había enarbolado una bandera legal: la de la vuelta de las cosas al estado que tenían en el año de 28, y, por consecuencia, el advenimiento del señor Gómez Pedraza á la presidencia constitucional. En cuanto Bustamante se convenció de que la guerra civil podía continuar indefinidamente, pactó una transacción con Santa Anna (convenios de Zavaleta, Diciembre de 1832), obligó á su ejército á reconocer el nuevo orden de cosas, y aunque el Congreso se resistió con altivo civismo á pasar por lo que los generales sin autorización legal habían convenido, tuvo que ceder, y Santa Anna, con el ejército denominado *libertador* (tercera transformación del ejército tri-garante en diez años), ocupó la capital.



D. Manuel de Mier y Terán

La era de los pronunciamientos mexicanos comenzó, puede decirse, en España, la tierra clásica de las rebeliones militares en nuestro siglo; en ninguna parte se ha considerado el ejército con derechos más claros para interpretar la voz de la Nación, soliendo sólo interpretar la voz de las codicias y apetitos de sus jefes ó de quienes los mueven, que en los países españoles. En México prendió á maravilla el ejemplo de la metrópoli en este punto; al motín burgués en Aranjuez contra Godoy, correspondió aquí el de los comerciantes contra Iturrigaray; al levantamiento popular contra los franceses, correspondió el nuestro de 1810 contra los españoles; al pronunciamiento de Riego contra el absolutismo, en 1820, hizo eco el de Iturbide contra la dominación española. Desde entonces, nuestros *pronunciamientos* siguieron como en España, pero por nuestra propia cuenta. Iturbide es derrocado por el elemento español, preponderante en el ejército y en el gobierno; pero esa reacción tenía que ser efímera, y México se constituyó en federación, como una especie de mecanismo armado contra el influjo español; consideróse el nuevo sistema como la consumación de la independencia, y los primeros años de nuestra historia política nacional están dominados por el temor de una invasión de España, por el deseo de arrancar de cuajo, hasta en sus raíces